

inexorable del hombre. Tal influjo, al menos es un hecho en el ánimo del lector que siente, gracias al pequeño gran libro de Lucía Edwards, el deseo de volcar el amor y la fe no sólo sobre una meta ideal, sino que también en torno suyo, hacia la llaga inmensa de que formamos parte.

■
<https://doi.org/10.29393/At319-20ECLD10020>

«EL CONTRAMAESTRE», por *Teresa Hamel*

Hasta ahora la sensibilidad artística de la mujer chilena se había manifestado tímida y esquiva, especialmente en la literatura. En un claroscuro de indecisiones—sin esa luz vibrante que muestra todos los rincones del escenario y las intimidades del alma—la literatura femenina tenía un pudor de doncella que suele caer en la gazmoñería preocupada de no menoscabar su aparente virtud. O su virtud verdadera. Vivimos en un ambiente de limitaciones y convencionalismos que lindan con la hipocresía, con los cuales el arte no tiene nada que ver. Por algo se dice que el artista da a luz su obra y esto, naturalmente, es el parto luminoso de su inquietud, de su secreto de belleza, de ese reino interior que le roba la calma y le ronda el espíritu como una sombra, acaso como una herida, quizá si en un suave o doloroso trance en que el alma está presente, hasta que se concreta en la obra que representa en lo exterior aquello que le estaba rebullendo adentro.

¡Qué dulce calma sobreviene cuando se ha conseguido traducir ese sueño de belleza! Es como si se aligerara el cuerpo y adquiriera un ritmo más sosegado,

una alegría más honda, porque nos sabemos capaces de coger de la vida aquello que en ciertos momentos nos parece inasible. Porque crear obra de arte no es mera función intelectual. Es más que eso. Es sentir la turbación del amor hasta las raíces del alma. Y sólo cuando se ama aquello que nos trasiega el espíritu podremos llevarlo al lugar donde en un largo rumor las voces comienzan a hacerse inteligibles y la atmósfera a adquirir su ritmo y su color; su vibrátil claridad: música de claras resonancias; amargo dolor incruento, alarido de desesperación, o violenta cólera en que la naturaleza nos comunica sus potencias, sus designios y su misterio.

Los grandes maestros, los que triunfaron, hicieron siempre un arte espontáneo; dejaron que la inspiración les brotara como una vertiente, o como un vendaval. Porque el arte no admite otras limitaciones que las del buen gusto. No acepta más restricciones que las que impone el culto de lo estético. De otro modo sería necesario condenar a Dostoiewski, a Maupassant, a Edgar Poe o a Verlaine, porque tradujeron su realidad genial. Y citamos sólo esos nombres, cuando se pudieran citar muchos otros. El artista traduce su realidad, la que él ve, la que él goza o la que él sufre, a través de su temperamento. Y ahí, precisamente, reside su personalidad, su carácter, su tonalidad y su acento. Qué espantable sería si todos trataran de decir cosas iguales a las que dijeron otros. Sería como para morir de aburrimiento.

Teresa Hamel dice lo que siente de la vida. Lo que a ella le interesa. Lo que la fascina y la atrae dentro de la órbita de su destino y de su emoción. Sale a debutar ante el público, sin disimular ninguna de las singularidades de su carácter. Y se presenta en el es-

cenario a hablarnos en su lenguaje. Su inquietud la lleva y la trae por caminos poco frecuentados por las mujeres novelistas de Chile. Es audaz y es caprichosa, pero es femenina y su literatura, aunque se le tache de imperfecciones expresivas, tiene un aura, un resplandor, un atractivo fascinante. Un buen gusto ingénito la hace detenerse justo en el límite en que su arte puede mancharse. Pero hay en ella una arrebatada embriaguez, una vitalidad de delicioso embrujo, para contar lo que ocurre en su mundo alucinante, mitad misterio y mitad fantasía. Mitad ensueño y mitad realidad. Porque estos seres que aparecen en estos cuentos de Teresa Hamel no son entelequias, no son trazos inseguros, no son imágenes que se borran en seguida. Son seres acaso torturados por extrañas angustias, pero que viven su destino sin restricciones de ninguna especie. Llevan su miraje en la mente quién sabe si como una ráfaga de tortura. Quizá si en una martirizada obsesión. Pero la vida está ahí bordeando profundos abismos, entregándose en el delirio gozoso de un momento de exaltación.

En ese divino renunciamiento en que los seres humanos se acercan a Dios. Creemos no equivocarnos al decir que en este aspecto ninguna escritora chilena ha dado esta nota originalísima, tal vez extraña por su desdén para fijarse en lo que las demás hicieron. Eso, a esta mujer de temperamento lleno de exaltación, no la preocupa en absoluto. Su cuento «Negro» puede mostrarse como una prueba concluyente de lo que decimos.

¿Qué es lo que hay en ese cuento, de magia, de seducción, de hechicería? ¿Qué de femenino atractivo? ¿De sugestionante encanto? Su prosa da a ratos alarmantes tropezones que resultan deliciosos, porque

tras ellos asoma la nota nueva, la música que no es Beethoven, ni Brahms, ni Schumann, que nuestros oídos están acostumbrados a percibir. Es un aire nuevo, que nos encanta, que nos hace oír y leer hasta el final. Y esto sin sentimentalismo excesivo, sin retórica. Mas, a lo largo de las páginas va como a la sordina una vena subterránea, acaso un cable de alta tensión que de pronto se estremece y se retuerce porque su carga es demasiado intensa.

El caso de Teresa Hamel es realmente singular. Es el instinto seguro de la belleza. Es el cateador de la mina que dió con el reventón portentoso, y que a ratos encuentra la veta, la guía que ilumina su ansiedad y le pone el pulso tremante. Se muestra en esas ocasiones como un ferviente adorador de la vida, y la emoción le refulge atormentada y varia. Su angustia se rebela, pero lejos de gritar, de gemir, de dolerse de ella misma, se cura con sus propios males. No le tiene miedo al sufrimiento. No hay gran pasión sin gran dolor parece que nos dijera entre líneas y las tristezas más acerbas las transforma en fulgurante anhelo, aunque sepa que el desencanto y el olvido pueden echar barranca abajo a toda su cabalgata de ensueño.

Pudiera alguien repararle a Teresa Hamel el influjo que se advierte en su técnica y en sus inesperadas y caprichosas salidas del escenario, el influjo de algunos autores europeos como Kafka, que, sin duda, ella capta. Pero esto no tiene importancia, porque antes que nada es Teresa Hamel, con su arrebató, con su atrabiliaria manera de resolver los problemas de su literatura.

Y para nuestro gusto, para nuestra particular emoción, debemos decir que ninguna mujer chilena que

se haya dedicado a la literatura ha descrito el puerto con mayor gracia, con más liviano encanto que Teresa Hamel en estos cuentos que forman el volumen que hemos comentado, y que acaba de publicarse con el título de «El contramaestre». Sentimos y vemos el puerto en sus diferentes aspectos. Con sus calles de encrucijadas. Hay un breve cuadro que nos evocó nítidamente una tarde que subimos hace muchos años el ascensor del cerro Polanco. Esas casas encaramadas que muestran sus costillas y sus canillas de viejas flacas y desnutridas, que están forcejeando con el viento de los cerros. Esos días de neblina nos traen la sensación misteriosa y distante de los puertos en el lamento de sus boyas que son como mugidos de extraños animales marinos.

Teresa Hamel no insiste en estas notas, pero el puerto le anda por la sensibilidad. No lo puede dejar de lado. En el misterio de la casa de Magdalena que se lleva un viento de aquelarre, así como en esa obsesión que el contramaestre le sugiere, vemos y sentimos el mar. El puerto con su atmósfera. Con ese sabor salobre y dulce, de nostalgia y de júbilo que nos despierta siempre. El puerto con sus luces feéricas y su ambiente aristocrático de su cuento «Negro» y la sordidez del barrio donde vive aquella mujer que después nadie encuentra ni nadie conoce, se hermana en una admiración fervorosa que a la autora se le sale sin que lo advierta.

Como intérprete del puerto de Valparaíso y su vida sui géneris, auguramos a Teresa Hamel grandes éxitos. Y ojalá que lo ubique con sus nombres tan característicos, tan seductores. Ella lo lleva en su alma como un soberbio y magnífico canto.—LUIS DURAND.